CARTA DE ALFONSO A SUS NIETOS

Réalville, octubre 1994

Queridos nietos,

Voy a intentar, en esta carta, transmitiros algunos de mis recuerdos del pasado porque también es vuestra historia. Quiero deciros que importáis más que nada para mí, aunque nunca he sabido decíroslo directamente. Escribiéndoos, también espero liberar mi espíritu.

Quiero contaros algo fuerte. Siempre ha sido difícil hablar de ello pero ya es hora, me he hecho viejo hoy y pongo por escrito estas cuantas palabras para que esta historia no se pierda. Mentalmente, siempre he sido libre. Eso me lo enseñó la C.N.T., *la Confederación Nacional del Trabajo\**. Milité en la C.N.T durante mucho tiempo y con mis compañeros participábamos en las manifestaciones y las huelgas para defender el pueblo y la democracia.

Viví la más trágica de las historias que un ser humano pueda vivir, la guerra, el hambre, el exilio, sin jamás poder volver a mi país natal. En 1936 cuando la guerra civil estalla, yo también lucho. Y gritábamos « *En pie el pueblo obrero, a la batalla !*\*». ¡Siempre para permanecer libre y no ceder a los fascistas! Aunque perdimos la guerra, conservo la libertad en mi mente y mis amigos, héroes que dieron su vida, en mi corazón. Esta guerra marcó el principio de una larga travesía. El 20 de enero de 1939, tuve que huir a Francia, a pie. El sol brillaba pero el frio era glacial. Era por culpa del avance de los franquistas, de Barcelona a Girona, y después Figueras y Port-Bou. Mis compañeros y yo, todos combatientes, estábamos agotados, por culpa del frio, del hambre, de la caminata en los Pirineos y del miedo de los aviones enemigos. Una vez llegados a Francia, a principios de febrero de 1939, fuimos acogidos como enemigos, como perros: controlados, despojados de nuestras pertenencias, encerrados. Habíamos huido de Franco, pero no éramos libres; nos llevan de campo en campo: Le Boulou, Argelès-sur-Mer. Nada está listo para acogernos, ningún refugio, ¡nada! Me acuerdo que nos enterrábamos en la arena para intentar protegernos del frio y del viento violento. Era el infierno. Y luego fueron los campos del Vernet y de Septfonds. *Ya no sentíamos hombres…\**

Llego a principios de junio de 1939 a Septfonds después de una difícil caminata desde la estación de Borredon bajo la vigilancia de un regimiento de tiradores senegaleses, no muy simpáticos. Entiendo entonces que lo que nos espera va a ser duro.

Este campo, es una reserva de mano de obra. En cuanto llego, me meten en una compañía de trabajadores extranjeros. *No tenía opcíon, es obligatorio\**. Francia no nos acoge a cambio de nada… era esclavitud moderna. ¡Veo las selecciones humillantes de granjeros que eligen a los hombres en buenas condiciones físicas! Muchos se aprovechan de la situación… ¡Todo está bien organizado, se puede decir que el campo era una verdadera bolsa de selección y de orientación de los obreros! La Inspección del trabajo hacían pruebas para comprobar nuestras competencias técnicas y mandarnos a otra parte, a veces muy lejos de las granjas, de las empresas, de las minas o incluso de la siderurgia. A mí, los niños, me emplean en el hospital de Septfonds, de cocinero. Un guardia me acompaña para ir allí porque está en el pueblo, a dos kilómetros del campo. Por la noche, vuelvo al campo, a la barraca 22, donde me alojo con 300 personas. ¡Una barraca muy pequeña! Nos pegamos los unos a los otros. La promiscuidad es terrible, la higiene, casi inexistente. Uno se siente menos que humano… Intento seguir siendo fuerte, para mí, pero también por ese niño que llegó algunas semanas después de mí. Se llamaba Ángel, *un niño*, y tenía más o menos vuestra edad. Un día, lo regañó Juan, otro internado, porque comía como un animal y Juan le dio su cuchara para que comiera dignamente. A partir de ahí, ¡« *el niño\** » se encabezó con encontrar cucharas para todo el mundo! Entonces, en cuanto lo podía, yo también robaba cucharas en el hospital… Pero el guardia Duval que me acompañaba sospechaba algo. Un día que me llevaba al hospital, intentó hacerme confesar. No le desvelé nada pero terminó por descubrir el tráfico de todos modos durante un registro de las barracas… menos mal que había entonces esta solidaridad entre nosotros. *Como se dice, la solidaridad es una fuerza !\** Jugamos incluso al futbol con los aviadores poloneses y sin embargo, ¡no pensaban como nosotros! Nadie es siempre todo blanco o negro. Luchaban contra los alemanes, y eso es lo que importaba. En mayo de 1940, la mayoría de mis compañeros dejan el campo. Yo, me quedo… Incluso veo los polacos volver, esta vez, son prisioneros. Los habían pillado intentado irse a Londres… Y fue en ese momento en el que pensé que, incluso ellos, merecían recuperar su dignidad. Consigo lanzar a través de la alambrada mi cuchara a Maksymylian con quien había jugado al futbol. No era necesario hablar, sabía lo que significaba. Intercambiamos una larga mirada… En abril de 1942, cuando mi grupo, el « GTE 533 » se va a trabajar a Réalville, soy contratado por un particular, *el señor\** Aubry, como obrero agrícola. Me quedo allí dos años y me alojo en su casa. Es en Réalville que conozco a vuestra abuela, Jeanne. Nos casamos el 17 de agosto de 1944.

Cuando se instalaba una cierta rutina, a finales de agosto de 1944, nuevos cambios: me hago cocinero en el gran hotel de Toulouse. Por fin me pagan mejor, lo que me permite abrir nuestra querida panadería en junio de 1945, en Réalville, donde me instalo definitivamente.

Nunca pude volver a España. Pero vosotros, niños, ¡id! También por mí, pero sobre todo por vosotros, allí están vuestras raíces. Recordad esta libertad, probadla y preservadla *porque el bien más preciado es la libertad ! Hay que defenderla con fe y valor\**. No olvidéis que a pesar de todo, vuestro abuelo nunca abandonó sus principios ni sus amigos. Sois el fruto de esta guerra, recordad nuestra historia.

*De parte de su abuelo, Alfonso\**

*\*en español en el texto original.*